

de orador y el mas profundo dialéctico del siglo de Luis el Grande; — Fleury, el único buen ministro del siglo de la Regencia.

La Luzerne, el mas sabio de los últimos *apolo-gistas* franceses; — Baronio, Quirini, Orsi, Gerdil, Fontana, Lucchi (tres amigos muertos en el mismo año 1802); — Antonelli, Zurla, Giustiniani, Pacca, los mas sabios de los siglos XVII, XVIII y XIX; — Consalvi, á cuyo voto debieron, toda la cristiandad su inmortal Pio VII, la Francia el concordato, los Estados Romanos sus códigos modernos; — Spina, partícipe de la gloria de Consalvi; — Cheverus, tan edificante y tan querido en los Dos Mundos; — Lambruschini, el mas sesudo de los políticos; — Micara, el mas arrebatador de los oradores, y acaso el mas influyente de los prelados romanos; — los cardenales de Medicis, perpetuos *Mecenas*, fundadores ó patronos de las Academias; — uno de los cardenales de Gonzaga, protector y promotor del Taso; — el cardenal de Jagellon, que envió á su inmortal compatriota Copérnico, en su juventud, á estudiar la astronomia en Roma, en 1497; — Bembo, Bentivoglio, Palavicino, el cardenal de Retz, Polignac, Bausset, y aun Maury, célebres por su habilidad en el arte de escribir, de hablar ó de conmover pueblos y asambleas; — en fin, el cardenal de York, último de los Estuardos, modelo juntamente de celo sacerdotal, de grandeza, y de dignidad real, en la caída y en la expectativa de un trono.

§ IV.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTÓRICAS DEL
EPISCOPADO.

Es el episcopado el primero y el mas grande beneficio social de la autoridad papal, exclusivamente, y aquel por medio del cual produce, á mayor ó menor *distancia*, todos los demas beneficios.

Los obispos, en efecto, comparados á todos los otros hombres de Estado ó de Inteligencia, fueron sin la menor duda, en igualdad de circunstancias, los hombres mas grandes en todos los paises y en todas las épocas del mundo. Considerados como *corporacion*, á ellos debe la Europa la *Cristiandad*, es decir, la mas bella porcion, la única bella porcion del universo; la *Cristiandad*, es decir, las ciencias sagradas y aun profanas, las virtudes cuyo único medio son y que todas tienen por objeto único; y ademas, la libertad, la propiedad, la prosperidad, la fuerza, la gloria y la felicidad, aun temporales. Todo esto es en efecto don exclusivo de la cristiandad exclusivamente, y data precisamente de la entrada de los primeros misioneros romanos, es

decir, de los primeros obispos, en España, en las Galias, en Inglaterra, en Alemania y en todos los países del Norte.

No citaremos aquí hechos ni autoridades, porque habria que citarlos todos.

Considerados como *individuos*, los obispos no son menos admirables que como *orden*: no hay ninguna virtud, no hay talento ninguno de que ellos no hayan dado los primeros y los mas magnificos ejemplos. Y asi debe ser en efecto. De la *nobleza*¹ del sacerdocio sobre todo es de la que puede decirse que realza el mérito: — rara vez la Iglesia y aun el Estado, en sus malos dias, se han engañado en la eleccion de sus primeros ministros, de aquellos de quienes dependen de cerca ó de lejos todos los demas, y mas raro ha sido siempre todavia que los primeros ministros, una vez consagrados, se hayan mostrado inferiores á su dignidad: muchos, por el contrario, se han mostrado admirablemente superiores á si mismos. ¡Tan cierto es que el hombre se adapta á su posicion y sobre todo á su caracter!

Por la razon de que los obispos son naturalmente poderes de primer orden, la Iglesia y el Estado, de acuerdo en esto, han puesto empeño en multiplicar su número: en el orden eclesiástico puede de-

¹ El sacerdocio, nobleza por escelencia, ha precedido y acompaña y confirma casi siempre la *nobleza* propiamente tal. Las mas grandes familias políticas, militares y aun reales, son precisamente las que han suministrado un mas amplio contingente á la religion.

cirse que *las planas mayores hacen los soldados*. Donde quiera que hay un obispo, ha habido grandes establecimientos religiosos y aun civiles: y la accion del gobierno, de la justicia y aun de la policia politicos ha resultado mas facil y menos gravosa. Tales son las saludables y profundas influencias de una antigua sede apostólica que todavia hoy se advierte, al cabo de mas de mil años, la bondad, la sencillez de costumbres y la elevacion de la inteligencia de sus habitantes.

Toda la cristiandad ha abundado siempre de ilustres obispos, superiores á todo elogio; y como seria imposible citarlos á todos, nos contentáremos con recordar algunos cuantos nombres inmortales que admira la historia civil y política no menos que la *Vida de los Santos*, apóstoles continuados, Hombres-Dios en pequeña escala, á imagen del Salvador. (Mas adelante hablaremos, en el bosquejo del genio eclesiástico, de aquella serie no interrumpida de obispos latinos y griegos que llevaban de frente la ciencia y la administracion):

San Dionisio el Areopagita, convertido por San Pablo, primer obispo de Atenas (cuyas reliquias se hallan en la catedral de San Dionisio, cerca de Paris) autor de los preciosos tratados: de la *Gerarquia celeste*, de la *Gerarquia eclesiástica*, de los *Nombres divinos, etc.*; — San Ireneo, griego de nacion, que murió martir en Leon de Francia, el primero y el cabeza de los obispos de las Galias, primer apolo-gista de la Iglesia, autor de un inmortal *Tratado*

contra los *Hereges* de todos los siglos; — San Dionisio, el *Apostol de las Galias* medio bárbaras, fundador de una capilla á la virgen, sobre un templo de Ceres, en la calle Notre-Dame-des-Champs, en París: — San Atanasio, el admirable vencedor de Arrio, y el súbdito mas admirable todavía de los tiranos Constancio y Juliano el apóstata; — el húngaro San Martin, San Martin, la maravilla de su siglo, ante el cual rendia su espada el mismo Diocleciano, cuya vida escribian á porfia los obispos y los arzobispos como la historia de toda la cristiandad, y cuya muerte fué mucho tiempo una Era como la de Jesucristo: — los tres grandes Santos German, de Auxerre, de París y de Constantino-*pla*; el primero, gobernador romano de la provincia en que llegó á ser obispo; — un Avito, de Auvernia, digno de un grande historiador moderno, descendiente de un emperador romano, habil general de ejército, consejero de Clovis y en fin obispo de Viena, apellidado el *Apostol de la Borgoña*; — San Remi, el segundo apostol de las Galias y de los gentiles, á cuya voz los pueblos se hacian bautizar como antiguamente á la de San Pablo; — San Agustin segundo, el *Apostol de la Inglaterra*; — San Malaquias, admirado, celebrado y casi adorado por San Bernardo; — Santo Tomás Becket, prodigio de sabiduria, de capacidad, de dignidad y de heroismo.

En tiempos posteriores, hállanse igualmente grandes obispos en todo el occidente, y uno ó dos

siglos¹ de su grandeza van á bastar para confundir nuestra ignorancia y agotar nuestra admiracion. No hay un ministro mas histórico ni mas célebre, en opinion de los sabios, que aquel Brogny que, simple Savoyano, se elevó á presidir los concilios y los conclaves, y á ser en Génova, como el precursor de la gloria y de los trabajos de San Francisco de Sales: — Sauli, en Córcega, cuya brillante historia escribió el cardenal Gerdil; — de La Mark, en Lieja; — Precipiano, en Brujas; — el cardenal Olesniki, en Polonia; — los hermanos Magnus y Stenon, en Suecia; — d'Aranton de Alex, en Ginebra; — y en el siglo XVIII, Wellens, en Amberes, etc.

Pero he aquí un hecho capaz por su naturaleza de hacer apreciar á la vez los dos mas ilustres obispos *cita* ó ultramontanos, San Francisco de Sales y San Carlos Borromeo.

Oigamos al primero hablando del segundo:

« Quiero que considereis al cardenal Borromeo á

¹ Los mil años intermedios están llenos de prelados, como este: S. Engelberto, á quien M. Daunou no admira, en la *Historia literaria de la Francia*, sino porque desconoce á todos los demas: « Cesareo, en su *De Vita S. Engelberti, libri tres*, Colonia, 1635, nos pinta al arzobispo de Colonia armado de dos espadas, escomulgando ó esterminando á los rebeldes, asegurando de esta suerte el reinado de la justicia, recuperando los dominios y los feudos usurpados á su metrópoli, enriqueciéndola con otros muchos bienes, construyendo caminos, castillos, grandes edificios, levantando impuestos sobre el pueblo, porque no era posible conservar la paz sino á fuerza de dinero; comprando, durante el hambre de 1224,

quien van á canonizar dentro de pocos dias, dice San Francisco de Sales en sus *Avisos espirituales*, y que era la inteligencia mas ilustrada y mas austera que se puede imaginar. No bebia mas que agua, ni comia mas que pan: era tan escrupuloso en el cumplimiento de los deberes de su alto cargo, que desde que fué cardenal y arzobispo de Milan (y casi papa), no fué mas que dos veces á casa de su hermano, que estaba enfermo, y dos á su jardin. » — ¡Este es el mismo San Carlos Borromeo, que recibiendo en el altar un tiro de arcabuz, prosiguió su oracion!... El mismo de cuyos recuerdos estan llenos todavia el Milanesado y la Italia entera, y que hacia decir á Lalande atónito: « Es preciso confesar que jamás rey alguno, muerto á los cuarenta y seis años, ha hecho á su pueblo servicios tan considerables. »

El siglo XVII, el siglo del gran rey no es menos rico de *grandes* obispos. Viéronse entonces simultáneamente muchos prelados que casi todos tuvieron *biógrafos* particulares, cuyo interesante compendio ha publicado un sabio lego de nuestros dias, bajo el título de *Ensayo sobre la influencia de la religion en el siglo XVII*: los Gondy y los Harlay, en Paris; de Montchal, de Bonzi, de Nesmond, en Tolosa; Fremiot de Chantal, en Bourges; los hermanos

trigo que distribuia á los pobres, y sobre todo á los monasterios; favoreciendo las dos nuevas órdenes de hermanos predicadores y menores, y protegiéndolas en caso de necesidad contra las resistencias y las quejas del clero secular.

Gaut, en Marsella; Danes, Choin y Chaluset, en Tolon; Fenouillet (admirable en su conducta con los protestantes); Colbert, en Montpellier; Vialard de Herse, en Chalons; de Lionne, en Gap, que prefirió á un arzobispado; de Barrillon, en Luzon; de La Fayette, en Limoges; Sponde, en Pamiers y en Tolosa, emprendiendo misiones en las que atraia hasta mil cuatrocientos calvinistas á la Iglesia; Solminiac, en Cahors, adonde otro grande obispo (Barrault, arzobispo de Arles), iba á verle, *para aprender*, decia, *á gobernar las almas*: Le Camus, en Grenoble, elevado al cardenalato sin previa presentacion del rey.

Veamos otro obispo admirable, *prelado de corte* sin embargo, de quien se habla en los *Aguinaldos (Etrennes) de la virtud*, del año mismo de la revolucion, 1789: « Godet des Marets, uno de los primeros teólogos de Francia, despues de Bossuet, debió su elevacion no menos á sus virtudes que al favor de madama de Maintenon, cuyo director era. El que le llevó la noticia de su exaltacion al obispado de Chartres, le halló arrodillado delante de un crucifijo, en un cuartito en que no habia mas muebles que una silla y una mesa, ni mas tapices en las paredes que un mapa de la Tierra-Santa: al recibir aquella nueva, el presbitero des Marets se echó á llorar y solo cedió á las instancias de madama de Maintenon y de sus superiores. En 1693 hizo cesion de las rentas de su obispado á los pobres de su diócesi, que padecian mucho de resultas de la esca-

sez de granos. Toda su vajilla de plata consistia en una cuchara y un tenedor, y la vendió.

« La siguiente anécdota caracteriza la hermosa alma de su sucesor. En 1739, fué tal el hambre, que los vecinos de Perche estaban reducidos á pa- cer la yerba. M. de Merinville los socorre, y para poder hacerlo mas eficazmente, empeña su plata, vuela á la corte y vuelve con abundantes limosnas. Acompañado de un solo criado, monta á caballo, á pesar de su inesperienza: por cuantas partes pasa le ruegan que se apée, pues temen por su vida: le hacen presentes los peligros del viaje, los tropiezos del camino, los rigores de la estacion (era en invierno): nada le detiene: « *Moriré á lo menos por ellos, si no pueden vivir para mi.* » Llega á Illiers en mitad de la noche y no quieren abrirle las puertas del presbiterio¹, pero acude el cura, le reconoce y cae de rodillas á sus pies... »

Considerado mas generalmente, el cuerpo episcopal ofrece todos los géneros de mérito en el grado mas eminente, y este es sobre todo el caso de elegir grandes hombres entre grandes hombres. Sin salir de los últimos tiempos ¿queremos ingenio y amabilidad, acompañados de sabiduria y de celo? Nadie es mas grande bajo este concepto que San Francisco de Sales. ¿Actividad, mortificacion y grandeza? Nada es comparable á la vida de San

¹ Llamase así en Francia la habitacion del cura párroco, que está contigua á la iglesia. — N. del T.

Carlos Borromeo. ¿La dulzura unida á la sumision evangélica, amabilidad en el mundo y sabiduria en la Academia? Fenelon es para nosotros un tipo al que nada iguala. La humildad de este *hombre que puede llamarse tipo*, está bastante probada en su *Carta á Bossuet* de 28 de julio de 1694: « No os cuideis de mi: Yo estoy en vuestras manos *como un niño*.... Aun cuando lo que creo haber leído me pareciera mas claro que dos y dos son cuatro, todavia lo creeria menos claro que mi obligacion de desconfiarme de mis luces y de preferir á ellas las de un obispo como vos. No tomeis esto por un cumplido; es una cosa tan seria y tan verdadera al pie de la letra como un juramento, etc... »

Cuando los mismos filósofos quieren apurar el arte de alabar, para que los alaben á ellos, no hallan hombres verdaderamente modelos mas que en el episcopado: los mas brillantes *elogios* que pronunció d'Alambert en la Academia fueron los de Bossuet, Fenelon, Flechier y Massillon!

El siglo XVIII, relajado en todos los otros órdenes sociales, parecia fortalecido en este. D'Orléans de Lamotte llevó el amor á su grey y á su estado hasta el punto de no presentarse una sola vez en la corte durante los cuarenta años que duró su episcopado. — M. de Choin, obispo involuntario de Tolon, ajustaba las costumbres á los tiempos de la primitiva Iglesia. — Tal era la humildad de M. de Beaumont, arzobispo de Paris, para refutar, sola, toda la filosofia de J. J. Rousseau, que fué preciso

que Luis XV, despues de haberle escrito hasta dos veces la súplica, le diese en fin la orden de aceptar el arzobispado de Paris. — Tales fueron el celo y la caridad del obispo de Nimes, M. de Bec-de-Lievre, de Nantes, [muerto en 1789, que no quiso, en cincuenta y dos años, salir una sola vez de su diócesis, que cubrió á mayor abundamiento, de caminos, de manufacturas, etc.

Los obispos mas comunes de aquella época, aquellos cuyo nombre nos es mas desconocido, merecerian suma celebridad. He aquí uno entre ciento : « El obispo de Gap, volviendo de su quinta de Marence, se encontró un labrador que le pareció muy triste : — ¿ Adónde va vm. ? amigo, le preguntó el prelado ; parece que está vm. desazonado. — ¡ Ah, Señor ! he perdido una vaca ; mañana hay feria, es preciso reemplazarla y no tengo un cuarto ; mis vecinos no han podido ó no han querido prestarme dos luises (media onza) y voy á una legua de aquí á ver á un antiguo amigo que puede que me haga ese servicio... — ¿ Para qué ir tan lejos ? ¿ No sabia vm. que tenia un amigo que no le dejaria desairado ? Dos luises no le bastarán á vm. : ahí van tres. Adios : que vaya bien en la feria. Y el obispo prosigue su camino. Echa el labrador á correr detrás de él, gritando : — ¡ Señor ! ¡ Señor ! no tendria V. S. ilustrisima una cuartilla de papel y un tintero.... — No, amigo mio, ninguna falta hace eso : lleve vm. el recibo en su corazon, como yo le llevo en el mio. »

Lo sublime en virtud, lo sublime hasta en elocuencia de accion son por decirlo la propiedad esclusiva de los primeros Pastores en nuestros tiempos de egoismo y de decadencia. En 1720 y en 1721 se vió á M. de Belsunce correr de calle en calle, durante la terrible peste de Marsella, llevando á los apestados socorros temporales y espirituales. Admirar su heroismo era entonces moda en Europa, aun en los paises protestantes : cantándole preguntaba Pope sin atreverse á responder :

« ¿ Por qué un prelado
Por su grey esponiéndose á la muerte
Cien cadáveres pisa y no la encuentra ? »

¿ Por que ? ¡ porque el prelado pisaba los muertos en nombre del Dios de la vida !... — A la vista de dos niños que iban á perecer en un incendio, ofrece un hombre primero cien luises y luego doscientos al que los salve, y como nadie se presenta, coje una escalera de manos, entra por la ventana, va á buscar á las dos criaturas atravesando las llamas, las saca en sus brazos un momento antes de que se desplomase el tejado y dice á los que estaban presentes : — « Creo que nadie me disputará que he ganado la suma que habia prometido... ¡ Pues bien ! dispongo de ella á favor de estos dos niños. » — Aquel hombre, doblemente heróico, era d'Apchon, obispo de Dijon, y luego arzobispo de Auch.

El valor político, mas raro y mas difícil que el ci-

vil, es no menos familiar al episcopado, el cual se ha sometido, en todas las épocas y á todo trance, aun á las mismas potestades que le perseguian.

Tal ha sido la causa del martirio de la mayor parte de los prelados. He aquí un ejemplo antiguo entre mil:

« Queriendo la faccion de los Arrianos alejar de la Siria á Eusebio, obispo de Samosata, le hizo deterrar hasta el pais del Danubio: el oficial encargado de la ejecucion de la sentencia, llegó á la caída de la tarde á Samosata y anunció al prelado el objeto de su mision. Sabia Eusebio cuan querido era de su pueblo, y dijo al oficial: — Obedeceré, como es mi deber, á la orden que me habeis traído, pero guardaos bien de publicar el motivo de vuestro viaje; si el pueblo llegase á saberle, os tiraría al Eufrates. » — Púsose en camino con gran secreto, acompañado de un solo criado, y fué con toda prontitud á la ciudad de Zeugma, situada á unas veinticuatro leguas en la direccion del rio. No tardó este en cubrirse de lanchas en que acudian en gran número los habitantes de Samosata, instruidos de la desgracia de su obispo: llegado que hubieron adonde él estaba, le conjuraron con lágrimas que no los abandonase, ofreciendo llevarle en triunfo. Por toda respuesta Eusebio les leyó el testo de San Pablo, que nos manda obedecer á las potestades: y habiéndolos exhortado en seguida á persistir en la pureza de la fé, pero á imitar su sumision, prosiguió su camino. »

Pero importa observar aquí que la sumision realista, aun á las potestades *Discolas*, en nada menoscaba, antes bien realza la dignidad y el valor populares. Cuando Luis XV entró en Malinas, el cardenal de Alsacia, arzobispo, prelado amigo de la paz, porque era el amigo de los hombres, le dirigió el siguiente discurso:

« Señor, el Dios de los ejércitos es tambien el Dios de la misericordia. Mientras vuestra Magestad le tributa acciones de gracias por sus victorias, nosotros le dirigimos votos porque las haga cesar felizmente con una paz pronta y duradera. La sangre de Jesucristo es la única que corre sobre nuestros altares; todas las demas nos afligen. Un principe de la Iglesia debe tener valor para confesar este miedo delante de un rey cristianísimo... » — « Señor arzobispo, respondió Luis XV, vuestros votos son conformes á mis deseos, que solo aspiran á dar la paz á mis enemigos. Tal es el único objeto de mis afanes y el resultado que aguardo de mis esfuerzos. »

Pero tambien los obispos saben, cuando llega el caso, resistir á las potestades mas absolutas, cuando están en estado visible de tiranía: testigo la inmortal conducta del inmortal Hennuyer. Hela aquí proclamada por la voz de un Manuel, algunos años antes del de 1789: « Aquel preceptor de Enrique el Grande, sustrayéndose á los honores y á las recompensas que su empleo supone y exige, habia querido esconderse á los ojos del mundo en la orden de Santo